

sentimos. No se trata de elaborar diseños sofisticados o grandes estrategias de marketing, sino de identificar lo que tenemos en común. De hecho, sabemos que si algo en redes parece precocinado o impostado, causa rechazo. Así que afinemos el reto: una comunicación que consiga frenar el odio en redes será aquella que opere dentro de marcos compartidos por una mayoría social, enunciada desde una posición honesta, creíble y cercana.

9. Necesitamos espacios en los que hornear juntas

Formamos la Red Levadura porque queremos darnos el tiempo y el espacio para construir colectivamente estos marcos y estas narrativas, imaginar palabras e imágenes que puedan reforzar lo que compartimos. Y también para hacerlo de forma estratégica, conectando iniciativas en marcha para ponerles levadura y maximizar esfuerzos. Puede que para hacer una campaña de comunicación de gran alcance sea más eficaz reunir a un equipo de profesionales y diseñar un plan milimetrado, pero nos parecía más interesante abrir este espacio en el que conectar e integrar sensibilidades diversas. Así podemos probar ideas nuevas y salir de las inercias o burbujas en las que suelen agotarse los proyectos en los que ya venimos participando.

10. No podemos dar nada por definitivo

Este decálogo nunca se cierra porque los aprendizajes de la Red, por ahora, no se agotan. Eso sí, es importante acumular certezas y atesorar aprendizajes. Y saber combinar distintos niveles de implicación, participación, deseos y expectativas; cuidar la comunidad y cooperar en espacios seguros. Tampoco se cierra porque, lógicamente, lo que cuento aquí es la visión de una sola persona, enriquecida y agradecida por lo compartido.

Y con esto llegamos a la situación actual de la Red. Después de varios meses de intenso trabajo, y un parón vacacional que nos ha costado remontar, estamos volviendo a activarnos y lanzaremos algunas iniciativas nuevas en las próximas semanas. El formulario para unirse sigue abierto [en la web redlevadura.net](http://web.redlevadura.net). Nos encantará encontrarnos con vosotras en próximas aventuras.

Marta G. Franco
(Red Levadura)

Un antídoto contra la polarización, las fake news y la fatiga democrática: el sorteo cívico¹



Por Arantxa Mendiherat (Deliberativa, Democracia por sorteo) y Ernesto Ganuza (IPP/CSIC)

Tener una responsabilidad política hoy en día no es una tarea fácil (si es que alguna vez lo fue). Además de tener que lidiar con una complejidad creciente, las personas con cargos políticos tienen la necesidad permanente de buscar compromisos entre intereses contradictorios y de tener que aportar soluciones en un escenario que va más allá de las elecciones. Pero ser una ciudadana normal y corriente tampoco es fácil. Somos la sociedad más educada de todos los tiempos, tenemos acceso online a todo el conocimiento del mundo y nos llegan las noticias globales en tiempo real, pero vamos de crisis en crisis, confiamos cada vez menos en el sistema político y, peor todavía, tenemos la sensación de que no tenemos ningún medio para incidir en el curso de las cosas.

Consecuencia de todo esto: polarización, fake news, fatiga democrática, y mucho más. La política reclama una organización más flexible, compleja y transparente, que restaure la confianza entre la ciudadanía y el sistema político. En este contexto, el sorteo cívico, que permite integrar personas elegidas de manera aleatoria a la toma de decisiones política, es una herramienta adecuada para mejorar radicalmente el sistema político.

Siempre nos han contado que la democracia de partidos era el mejor sistema posible para gestionar los asuntos públicos en estas sociedades de gran tamaño como las nuestras. Nos hemos cansado de escuchar que era el sistema menos malo y que no era posible pensar ninguna otra alternativa. Sin embargo, puede que nuestro sistema político haya dejado de ser tan bueno y pragmático para lidiar con lo que pasa en las sociedades complejas. Por empezar, aquel fue creado hace más de doscientos años y al principio ni siquiera lo calificaban de democracia. Desde entonces, los cambios sociales han transformado por completo las formas políticas que a duras penas caben ya en un sistema diseñado en el siglo XVIII. Esto ocurre porque 1) ya no es posible representar una sociedad (compleja) como hacían los partidos en el siglo XIX; ni la pluralidad de preferencias, ni las diferencias, ni las alternativas ante un problema caben ya en organizaciones como los partidos y 2) porque los instrumentos que tiene un sistema político basado en los partidos son ineficientes y poco democráticos en el siglo XXI, respecto a una sociedad que es capaz de informarse en minutos sobre cualquier cosa, que es capaz de generar un conocimiento científico vastísimo sobre cualquier problema y cuyas soluciones implican siempre medidas híbridas.

Nuestro sistema, por el contrario, lleva a una falta de confianza pronunciada en las instituciones políticas y en la propia acción política. Lo llaman

¹ Este texto fue publicado por primera vez en la Agenda Pública del País el 3 de octubre 2020.

fatiga democrática porque nos enfrenta continuamente unas a otros, deja fuera los compromisos a largo plazo y apenas nos da información sobre los criterios con los que se tomaron las decisiones que nos afectan, en un momento en el que hacer todo eso individualmente es más accesible que nunca a través de los nuevos medios de comunicación. La gestión de la pandemia actual es un buen ejemplo: las decisiones no son transparentes, las medidas carecen de contexto para la mayoría y asistimos atónitos a una guerra mediática entre partidos en mitad de una crisis galopante. Esta fatiga democrática puede tener consecuencias perniciosas para todas las personas. A la gente le puede dar por banalizar la tarea política que hacen los partidos y entender que sería mejor hecha por expertos o líderes carismáticos capaces de ignorar los procedimientos democráticos. Un riesgo real para las personas académicas y especialistas que analizan las encuestas de **opinión pública**.

Pero no, la alternativa a esta fatiga no tiene por qué ser necesariamente menos democracia. Es cierto que la democracia genera sensaciones enfrentadas. Es un ideal pocas veces cuestionado, pero ni solemos pensar que la gente esté preparada para efectivamente reflexionar y debatir racionalmente, ni terminamos de creernos que un sistema político basado en personas como nosotras sea lo mejor para gestionar los asuntos públicos. Tenemos tan incrustado en nuestro ADN, después de doscientos años, la idea de que los que gestionen tienen que saber, que somos capaces incluso de renunciar a la democracia por una idolatrada eficiencia. Pero la experiencia política a la que hemos asistido los últimos años y la evidencia científica reunida aconseja otra cosa. La democracia es mejor porque respeta el principio de igualdad política que nos permite a todas tener voz en los asuntos públicos (no solo a unos pocos) y, cuando eso ocurre, los resultados son políticamente más (no menos) eficientes que los que obtenemos de otras alternativas.

Pensemos en la polarización política. Muchas personas piensan que se debe a la peculiar personalidad de algunos políticos y que, por tanto, es una coyuntura que puede pasar si cambiamos las personalidades. Los estudios científicos **señalan**, sin embargo, que los grupos sociales se polarizan cuando nos juntamos con personas que suelen pensar como nosotras o nos juntamos en grupos en los que esa homogeneidad no incentiva la deliberación, no tanto porque ciertas personas tengan ciertos caracteres. La polarización aumenta por tanto si la organización política evita la diversidad y el debate, que es lo que ocurre con un sistema que gira sobre los partidos. El **sorteo cívico** permite incluir simultáneamente esa diversidad y ese debate en la política.

El sorteo cívico se usa desde hace años de manera complementaria al sistema representativo ayudando a los gobiernos a tomar decisiones, o permitiendo hacer recomendaciones que luego se someten a referéndum. En los más de 300 casos registrados en un informe de la **OECD** del año 2020 (que habla en estos últimos años de “ola deliberativa”), podemos ver como gobiernos de cualquier nivel territorial (locales en la mitad de los casos, regionales en 30% de los casos, nacionales en el 25% de los casos) organizan experiencias de sorteo cívico (asambleas ciudadanas o jurados ciudadanos) para solucionar preguntas complejas que implican además compromisos a largo plazo. Por ejemplo, qué medidas y criterios son necesarios para reducir las emisiones de CO2 considerando criterios de justicia social que tengan en cuenta las distintas formas de vivir entre la ciudadanía, como se preguntaba la recién terminada Convención Ciudadana por el clima en Francia, compuesta de 150 personas seleccionadas por sorteo.

Las experiencias de sorteo cívico se iniciaron en los años 70 del siglo pasado. Se han hecho cientos de ellas en muchos países en todos

los niveles territoriales, pero es ahora cuando asistimos a un impulso global de su desarrollo como mecanismo de reflexión política. Evita la polarización, incrementa la confianza política de la ciudadanía y permite alcanzar compromisos sobre problemas controvertidos en una perspectiva de más largo plazo, como la legislación sobre el aborto en **Irlanda**, aprobada en un referéndum en el año 2018 después de un debate en una Asamblea ciudadana compuesta por personas seleccionadas por sorteo. En las últimas elecciones presidenciales en Francia tres partidos incluían mecanismos de sorteo cívico en sus programas electorales, como la creación de una asamblea constituyente compuesta de personas seleccionadas por sorteo o una comisión sorteada destinada a pensar la refundación de la República. El Ministerio para la Transición ecológica español estaba, antes de la pandemia, organizando una asamblea ciudadana de 100 personas seleccionadas por sorteo para debatir las medidas políticas a adoptar frente al cambio climático.

Todas las experiencias incluyen una dinámica deliberativa basada en informaciones aportadas por personas expertas (tanto de la academia como de la sociedad civil y de los grupos de interés, haciendo así sus contribuciones más transparentes). Esas personas expertas son propuestas desde la organización y desde las propias personas participantes. Se garantiza también un tiempo de debate suficiente, y una serie de condiciones que permitan la participación de perfiles muy diversos (asegurando una remuneración, cubriendo las tareas de cuidado, etc.). Usado de manera extendida, el sorteo cívico puede ser un mecanismo que permita mejorar los sistemas políticos actuales con más, no menos, democracia. Pone también al alcance de la imaginación una manera diferente de organizarnos políticamente. Si los gobiernos no lo empiezan a usar masivamente para asuntos complejos, controvertidos y de largo plazo, res-

taurando así la confianza en los sistemas actuales, será el sistema entero el que se tendrá que cambiar.

Arantxa Mendiarrat
(Deliberativa, Democracia por sorteo)

Ernesto Ganuza
(IPP/CSIC)